El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9155

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Herrero Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

VIERNES 6 DE MAYO DE 1892.

CARTAS DE BARCELONA.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Uno de los acontecimientos, puesto que tiene el carácter de tal, que tendrá lugar en el período de las fiestas del Centenario del gran navegante genovés, será, sin duda alguna, la apertura de la «Exposición de Industrias Artísticas» que se celebrará en Barcelona bajo los auspicios é iniciativa del Ayuntamiento de la capital del Principado, sin que se nos alcance el motivo porque tratándose de un Concurso, en el que por vez primera se mostrarán reunidas aquellas producciones industriales que han sido avaloradas por el arte, no figure en primera línea en el programa de los festejos, puesto que no es posible hallar mejor forma para honrar la memoria de Colón, que la celebración de una de esas grandes fiestas del trabajo nacional, en la que España pueda dar muestra de sus energías y de su vitalidad, patentizando las conquistas que ha alcanzado en el único palenque en que pueden y deben luchar los pueblos modernos.

Barcelona, será la primera ciudad española en que se celebrarán exposiciones artístico industriales, como fue también la primera, que cobijó en un suntuoso palacio las manifestaciones artísticas de todos los países. Las ventajas que para el nuestro ha de reportar el próximo Concurso en que las creaciones de la industria se presenten embellecidas por el arte, están al alcance de todos, con mayor motivo, cuando otros pueblos más afortunados que el nuestro, deben su prosperidad y florecimiento al desarrollo, que por medio de esta clase de certámenes han logrado sus industrias.

Y no crea Vd., Sr. Director, que el fomento de las industrias artísticas puede determinar ó producir un desequilibrio, puesto que ni las exigencias del lujo y de la moda cierran la puerta á los goces más elevados del corazón ó de la inteligencia, ni pueden producir el desorden social y económico inevitable en aquellos pueblos que no saben resignarse á vivir con relación á su estado y á su fortuna.

Si nos fijamos en los numerosos adelantos realizados por las artes industriales en Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia y Bélgica, podremos observar que en todos esos países ha pasado la regeneración industrial por dos períodos. En el primero, el entusiasmo patriótico, la admiración de las obras del arte nacional y el recuerdo de hechos gloriosos, impulsa á los estudiosos é inteligentes á visitar monumentos y reunir colecciones, que dan origen al período en que se procede á la creación de museos artístico-industriales y se organizan exposiciones que sirven de estímulo y fomentan el desarrollo de la producción.

Por fortuna hemos recorrido la primera etapa. Gracias á la cultura general y á la beneficiosa iniciativa de los Municipios y Diputaciones y aun de particulares, contamos con museos y colecciones en las ciudades y capitales más importantes de la península, en los que se hallan reunidas, especialmente las producciones del arte patrio. De ellas es preciso partir, para que al igual de lo que han practicado Francia, Italia, Alemania, Austria y Hungría, podamos continuar el estilo y procedimientos de nuestras industrias artísticas, que fueron antes las verdaderas fuentes de prosperidad para la patria. Por este medio han resuelto aquellas naciones un problema social y económico, fortaleciéndose al propio tiempo con el patriotismo y con la riqueza producida por el trabajo nacional con elementos propios.

Varias ciudades españolas entre ellas Barcelona han logrado singularizarse y á sus atrevidas y tradicionales energías débese el renacimiento de olvidadas industrias, que se desarrollan hoy, si bien lentamente, bajo la bienhechora influencia del arte. Pero aun así, preciso es confesarlo, el arte español aplicado á la industria no ha logrado todavía su antiguo esplendor. Precisa, en primer término, como necesidad esencial y urgente, la educación, ó por mejor decir, la creación del público y el estímulo que determinan las exposiciones.

Cuanto al primer extremo, justo es confesar, que hoy existe ya, pues de otra manera no existirían los centros artísticos que por fortuna poseemos, y próximos nos hallamos á ver convertido en hecho el proyecto de la celebración de exposiciones artístico-industriales.

Aplausos merece el Ayuntamiento de Barcelona, por sus esfuerzos en favor de las artes é industrias patrias, y no menores todas aquellas entidades que comprendiendo la importancia y resultados del certamen, le prestan su valioso concurso y eficaz cooperación. En todas las capitales de nuestras provincias, sabemos que se constituyen Juntas delegadas, compuestas de distinguidos artistas é industriales inteligentes, presididas por sus respectivos Gobernadores civiles, con el objeto de procurar que en la primera exposición española del Arte Industrial, puedan verse reunidas, de manera completa, las manifestaciones del trabajo nacional.

Si el éxito coronó los esfuerzos del Municipio barcelonés en la primera Exposición de Bellas Artes, celebrada el año último, no dudamos que la próxima de Industrias Artísticas, tendrá mayor resonancia y reportará, quizás, más beneficiosos resultados.

España habrá podido caer en períodos de postración, pero el arte español no ha muerto, porque es el alma, la esencia de un gran pueblo que por fortuna cuenta para lograr su regeneración y renacimiento, con el apoyo de todos los españoles ya que no es posible suponer que no se interese por el engrandecimiento de España quien haya nacido en este país, siempre grande y noble, aun en sus mayores períodos de desgracia y decaimiento.

A. G. L.

COLABORACIÓN INÉDITA.

RECUERDOS DEL CAUTIVERIO

Bien ageno estaba yo de lo que me esperaba, tanto que hice mi presentación con la mayor tranquilidad y como si el despacho aquél donde entré fuese la trampa preparada para cogerme; en él quedé detenido desde el mismo momento en que pisé sus umbrales.

Al escuchar mi sentencia que me comunicó aquel señor con toda la gravedad que el caso requería, recalcando las palabras, pronunciando con despacio lo que leía pareciendo que en el discurso, resultado de su obra, se recreaba, miré instintivamente hacia la puerta; toda tentativa de evasión había sido prevista y la salida del despacho era de todo punto imposible.

Y no se trataba de un crimen ni mucho menos, sino de un asunto vulgar hijo de la mala suerte que á tal extremo me llevaba. Ni por un instante pasó por mi imaginación que tal desenlace tuviera tan disgustable asunto; como no lo pensé siquiera, la sorpresa fue más desagradable aun, pero ¡qué remedio!

En un momento cruzaron por mi cerebro mil ideas en revuelta confusión, me parecía que mi cabeza iba á estallar. Mi juez me miraba entre altanero y orgulloso de lo bien que había desempeñado su cargo; yo creo que también le miré profundamente pero con lástima y repugnancia, al considerar en él no la representación de la ley sino la imagen de la venganza.

Me mandaron que me retirase, pero ya no salí solo, que iba otro conmigo respondiendo de mi persona; empezaba ya mi cautiverio.

Anduvimos un muy largo trecho sin pronunciar una palabra; al fin mi guardián con entrecortado acento:

—Chico he sentido mucho... me dijo.

—Gracias, le respondí.

Callamos los dos y seguimos nuestro camino, me parecía que todos los transeuntes me miraban compadecidos cual si adivinasen lo que me pasaba, y en mi frente leyesen mi falta y su castigo. Yo caminaba, vacilante, dando tumbos como si estuviese borracho.

Llegamos al término del viage, mi acompañante me estrechó la mano y me encontré cara á cara con un señor alto y ya de bastante edad, envuelto en amplio y mugriento capote; me miró de pies á cabeza y luego recogiendo la mirada entre sus párpados medio cerrados, se fijó detenidamente en mis ojos como si en ellos tratase de leer mis pensamientos.

Echó á andar invitándome á que le siguiera y así llegamos á los pocos momentos al piso segundo del edificio.

—Esta será su habitación, me dijo entrando en una que abrió un sirviente al vernos llegar.

No me disgustó el alojamiento que me destinaban; era una habitación de regular espacio, bien amueblada y con ventana á la calle, pero ventana que servía nada más que para facilitar la entrada de la luz, era bastante grande y estaba construída á tres metros de altura sobre el suelo.

Me dejaron solo y con la puerta abierta, cuando miré hacia fuera ví un soldado que haciendo centinela había sido colocado cerca de mí;—con su libertad respondía de la mía y no me perdía de vista ni un momento siquiera.

Me sirvieron la comida reglamentaria, el encargado de hacerlo me advirtió que si quería comer algo más me lo servirían, que pidiese lo que fuera de mi agrado.

No dejaban de tener atenciones para conmigo en aquella prisión, es verdad que mi castigo no era grave y que yo parecía un *buen muchacho* como dijo el sirviente.

Cuando me acosté la noche de aquel día, á poco sentí el rechinamiento del cerrojo ciñéndose en sus férreas argollas, cuando escuché el ruído seco de la llave; al dar la doble vuelta en la cerradura se me oprimió el corazón; fue un momento bien amargo, momento en el que tocaba palpablemente la realidad—¡cautivo!...

Logré conciliar el sueño; mi espíritu vencido por tantas y tan fuertes impresiones se dejó dominar y dormí bien, parece mentira, dormí hasta muy entrado ya el siguiente día.

Dormí, pero soñé y en mi sueño se me representó la tristeza de la situación en que me encontraba y llevado á impulsos del natural deseo, creando el cerebro á su antojo, me hizo atravesar por fácil senda dentro del cautiverio, hasta llegar al momento ansiado por todo el que carece de libertad—¡verse libre!

Cuando desperté, feliz en mi ensueño, poco á poco esforzando la imaginación para recordar, arrancando de lo verdadero los restos que guardaba mi mente de la fantasía, llegué á darme cuenta de todo: aquellas paredes eran las de mi prisión, aquella puerta cerrada con doble llave el límite de mi libertad.

Al tratar de incorporarme en el lecho sentí húmeda la almohada; toqué mi mejilla y lo estaba también, sin duda había llorado, traté de recordar y no pude determinarlo á punto fijo—¡quién sabe!—pensé.

Así pasaron días y días, nunca pude acostumbrarme á mi situación; al observar mi resignada tranquilidad me permitieron salir por algunos sitios dentro del local; en mi calidad de «distinguido», preso por falta leve, gozaba de grandes ventajas que otros no disfrutaban. El jefe de la prisión se hizo amigo mío, le ayudaba algunas veces á hacer sus estados y á la redacción de oficios y cuentas, propias de su cargo; el bueno del hombre me lo agradecía y me lo demostraba en su amistad y benevolencia.

Yo siempre me estaba quejando de mi desdichada suerte y él me contestaba:

—¡Bah! No se preocupe Ud. ya vendrán días mejores.

Un día había yo observado gran movimiento en la prisión pero no me preocupé de preguntar á qué causa obedecía.

Escuché de pronto el áspero ruído de una cadena al ser arrastrada por el suelo y los pasos de varias personas que al mismo compás marchaban.

Volví el rostro y ví un grupo de soldados armados de fusil y bayoneta, en medio de ellos iba un hombre joven aun sugetando con las dos manos una pesada cadena que casi le impedía moverse. No era su aspecto el de un hombre vulgar, su trage parecía haber sido bueno en otro tiempo y de corte esmerado; me miró tristemente, me saludó con la cabeza y continuó su marcha.

El jefe de la prisión que había llegado hasta mí, se detuvo sin decirme una palabra.

—¿A dónde llevan á ese? pregunté.

—Lo van á poner en capilla—contestó.

—¡Dichoso él! dije yo entonces.

—¿Por qué?

—¡Porque mañana será libre!...—repuse.

Espantado de mi dicho volvió á dejarme solo el director.

Aquel día envidié al desdichado que iba á morir; después de mucho tiempo yo mismo me espanté de mi respuesta al director, pero cuando ya no estaba preso.

Este señor un día que me encontró en la calle después de hablar un rato conmigo:

—Qué, me dijo ¿ya no quiere usted morir?

—No, amigo mío le contesté, la libertad es muy hermosa, para gozar de ella es preciso vivir y la vida vale más no perderla que es tan grato, como la libertad magnífica.

DIONISIO MORQUECHO.

Mayo 1892.

COLABORACION INÉDITA

DOLENCIAS

Interin los rigores del invierno nos obligan á permanecer quietecitos en nuestras casas, sufrimos en ellas con toda la resignación posible los trancazos mayores ó menores, el romadizo, los reumatismos, las gastritis, la sindineritis, la timpanitis y cuantas dolencias se dignan buenamente la providencia remitirnos á la vista.

Pero en el momento que las primeras brisas primaverales nos envían sus templados soplos; en el momento que principian á hincharse las yemas de los árboles y la savia corre por los tubos capilares, con más fluidez, desde ese momento, ya no hay hora segura, ni peseta posible.

Algunos hay que han disfrutado de la mejor salud durante todo el año, y desde que principia Abril á traer envuelta en su templada temperatura, los primeros efluvios del buen tiempo, que inventan un dolor y llegan á persuadirse que le tienen, sin otro objetivo, de que su nombre figure en la tablilla de algún balneario y con la esperanza de encontrar un reporter, de esos que celebran «entre vivos,» y ver su nombre en letras de molde.

Eso de leerse á sí propio, debe ser una satisfacción, mejor dicho, uno de esos placeres reservados para delicias de los dioses.

¡Y cuidado si es placer eso de ir á tomar aguas!

Desde que se emprende el viaje, que es un puro Idilio. Ir á baños; vamos, es como si dijéramos, llegar á ser casi un Ravachol en celebridad. En ellos llegar á lucir el equipo preparado con tanto cuidado meses antes; lucir sus gracias en mesa redonda ó en el Casino ó salón de recreo, haciendo guiños monísimos, para que sus admiradores compadezcan su sufrimiento, entregarse como ejercicio higiénico, al baile, á la carrera, al trapecio pescar si hay río, y si no le hay también, aunque se pesque una insolación. Producir sensación en la concurrencia y saber que se las admira; todo eso las enamora, las seduce.

En ellos lucir el terno de entretiempo, el lijero gabán de primavera, esto es de la estación del que le lleva, hacer frases que den á conocer el ingenio, aunque sean pura y simplemente un disparate mayúsculo, dar espectáculos gratis de prestidigitación, sonambulismo, hipnotismo ó «rebuzneración,» que todo es lo mismo, es el sumun de todas las ambiciones.

Pero los verdaderos mártires de todo esto, son los que en perfecto estado de salud, acompañan á los enfermos; ¡oh! qué goces tan infinitos! Dejan sus comodidades y se exponen á los rigores de una cama, donde pueden gozar la inmensa dicha de adquirir una enfermedad que jamás soñaron. Tener el dulcísimo placer de oir quejarse á todos los que van por su alrededor, hacer coro á los que verdaderamente sufren; renegar del calor, de los cinifes y demás animalillos, que son el cortejo de algunos establecimientos, oir el contínuo martilleo de un piano tocado por habilísimas manos que tienen por repertorio «El año pasado agua,» «El gorro frigio,» «Buenas noches D. Simón,» y escuchar á todas horas «El pobre chica» ó la polka de los paraguas y demás composiciones de los primeros maestros; oler á azufre, á bromo, á yodo, y en fin, á toda